

social. El socialismo o colectivismo —¡oiga Ud.!— es antisocial por excelencia.

* * *

Hay cosas que conviene recalcarlas.

Tratándose de un mal como la tuberculosis, que nos tiene asediados, cualquier hijo de vecino puede tener su opinión, si es mayor de cincuenta años y es buen observador. Sírvase, pues, reflexionar, señor lector.

La opinión académica ha vuelto a dividirse, al cabo de cuarenta años de correr parejamente en contra de la opinión de los viejos maestros muertos. Hay hoy un pequeño grupo de biólogos y de médicos que sostienen otra vez que la tuberculosis sí es hereditaria y que se propaga sobre todo por herencia. Son pocos, pero se apoyan en consideraciones de indiscutible valor y en observaciones prolijamente repetidas. El hecho es que los bacilos de la tuberculosis pierden su vitalidad fuera del organismo y que el contagio de la tuberculosis exige muy especiales circunstancias para poder efectuarse; tanto, que no merece el problema del contagio una gran preocupación de parte del higienista.

La herencia es lo capital. El dilema frente al niño tuberculoso, es cruelmente este: ¿Lo dejamos morirse buenamente o procuramos conservarlo? Si lo conservamos, hacemos posible su futura reproducción. ¿Estamos seguros de que podemos hacer que esta reproducción no sea perjudicial? ¿El hombre aparentemente sano que proviene de un niño tuberculoso, da hijos tuberculosos, sí o nó? Entre las personas entendidas, hay una mayoría que a esta pregunta responde: nó, pero hay una minoría nada despreciable que responde: sí.